

SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR

Día 13 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Muerto Liuva, rey de los visigodos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien había asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España, y de aquella parte de la provincia Narbonense, que estaba sujeta al dominio de su nación, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona, que hasta aquel tiempo había sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesión de una parte de sus estados: á Hermenegildo consignó la Andalucía, y á Recaredo señaló el reino de Aragón con todas las provincias Celtíberas.

Era Hermenegildo el príncipe más cabal que se conocía en su tiempo; de talle majestuoso, de aire noble y desembarazado, de entendimiento vivo y penetrante; dotado de una prudencia, de un valor, y de unos modales tan atentos y cortesanos, que en medio de una nación bárbara le hacían dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque era sobrino de San Leandro y de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro Santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo, su predecesor; princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio maligno, acedo, violento, furiosamente colérico, y, sobre todo, muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la rota de los griegos, á quienes había echado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban lo largo de la costa, dedicó toda la atención á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz, que acababa de dar á sus pueblos, y afianzase la felicidad del reino con el esplendor de sus prendas personales. Fijó su elección en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilde, y nieta por su madre de Atanagildo y de Gosvinda, su segunda mujer; princesa no menos distinguida por su extraordinaria hermosura y por su rara virtud, que por su alto nacimiento. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante á romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra y abuela Gosvinda no esperan conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año 579, y apenas arribó á España cuando impresionó á toda la corte. Sola Gosvinda se consumía de envidia y de dolor á vista de las nobles prendas de su nuera, y lo que comenzó emulación acabó en odio y furor desenfrenado. Con todo eso, la pareció conveniente disimular por algún tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir la religión de su nieta. Con esta idea la hacía al principio mil caricias, intentando arrancar la fe católica de su corazón y trastornar su constancia; pero, viendo que no la salía bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No había especie de mal tratamiento que no le hiciese, hasta bañarla alguna vez en sangre con los golpes que le daba, y en cierta ocasión la arrojó de un empellón en un estanque, donde la faltó poco para ahogarse.

Sufría Ingunda esta persecución con una paciencia, con una dulzura y con un silencio dignos de la religión que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podían ocultarse á Hermenegildo, y llegase á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolución de retirarse con la princesa su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasión para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tío San Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo prelado á Hermenegildo en las verdades católicas, que ya tenía el príncipe en el corazón, y, habiendo esperado á la oportunidad de cierta ausencia del rey para la ceremonia de la abjuración y del bautismo, recibió con el sagrado crisma de la confirmación aquel valor y aquella constancia de que se forman los héroes del Cristianismo, deseando ya con vivas ansias alguna ocasión en que dar al mundo públicas y ruidosas pruebas de la firmeza de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque, habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religión, y que hacía pública profesión de la católica, entró en tan furiosa cólera, no dando oídos más que á su pasión y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de irritar más y más el fuego de la indignación, que desde luego le despojó del título de rey que le había concedido, resuelto á despojarle igualmente de todos los bienes, y de la vida misma, si no renunciaba la religión católica que había abrazado. Pero, antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

Hijo mío, más quisiera hablarte que escribirte; porque, si te tuviera á la vista, ¿qué podrías negar á lo

que te pidiese como padre y te mandase como rey? Traeríate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profeso, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparle. Esperaba tener en ti un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mío un enemigo más peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona, quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la religión de tus abuelos, has abrazado la de los romanos, que son los mayores enemigos del Estado. No ignoras que la nación de los godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. También sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religión, y, consiguientemente, que nada pudiste hacer más ofensivo para el mío como declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mío, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando, que vuelvas prontamente sobre ti, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religión, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligaré á tomar las armas, y, en tal caso, jamás tienes que esperar misericordia.

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del rey, su padre, respondió á ella con el mayor respeto: ***Que sabía bien lo que debía á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debía á su Dios; que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera que, sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debía al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaría hasta la muerte la religión que había abrazado, persuadido á que fuera de ella no podía haber***

salvación; que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado la superstición arriana, luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendría por dichoso si sellase su religión con su sangre, sin que le restase ya más qué desear que la conversión de toda su nación y de toda su familia.

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del arriano padre. Sirvióle de pretexto la conversión de su hijo para excitar una cruel persecución para la Iglesia. Hizo Hermenegildo que su esposa Ingunda y el infante su hijo, niño de pocos meses, se retirasen al África, para no quedar expuestos á los artificios de los arrianos, y él se mantuvo en Sevilla, creyendo ser esto bastante para su seguridad. Pero Leovigildo, después de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habían declarado por el santo rey, resolvió ir á sitiarse á Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los romanos, no sabiendo la traición que habían cometido dejándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conociólo apenas entró en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero, no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres de los escogidos y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia singularmente era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguía furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religión ó la vida.

Apurado el santo rey, viéndose ya sin otro recurso, se refugió á la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella

por fuerza, y permitió que su segundo hijo, Recaredo, príncipe joven, que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdón, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedía Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religión, sino únicamente de pedir perdón al rey, que se daría por satisfecho con esta sola demostración de rendimiento. Creyóle el santo mancebo; vino luego con él á arrojarse á los pies de su padre; recibióle éste con grandes demostraciones de cariño; abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fue conduciendo á su campo, donde de repente mandó que le despojasen de las insignias reales y, cargado de cadenas, le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prisión volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero, hallándole siempre invencible, mandó le encerrasen en un oscuro y hediondo calabozo , destinado para los reos de los delitos más atroces, y que le trataran con todo el rigor imaginable.

Entró el príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que había ascendido al trono. Desde aquel punto se consideró como soldado de Cristo, y se dispuso con oración, con ayunos y con otras penitencias para entrar en el combate, que estaba ya previendo le esperaba prontamente, en que había de defender la divinidad de aquel Señor á cuyos ojos había ya comenzado á pelear dichosamente. Vistióse un áspero cilicio, no usó de más cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prisión.

Llegó la fiesta de la Pascua, y, pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habría

cansado la constancia de Hermenegildo, **le envió un obispo arriano para que de su mano le diese la comunión.** Horrorizóse el santo príncipe al oír la proposición del insolente hereje, y, revistiéndose de héroe de la religión y de soberano le afeó con tono imperioso y severo su impiedad, le riñó su atrevimiento y, declarándole resueltamente que quería vivir y morir en la religión católica, le arrojó de su presencia, mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible fuerza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida. Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confesión de la fe le valdría la corona del martirio, y se disponía para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazón en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y, descargando sobre su real cabeza un furioso golpe de hacha, se la hendieron por el medio, quedando el santo cuerpo tendido en el suelo, bañado en su misma sangre. **Al punto manifestó Dios la gloria del santo mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche alrededor del santo cuerpo, como por las celestiales luces que iluminaron la prisión.**

San Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesión con Dios la conversión del rey Recaredo, su hermano, y de toda la nación de los godos de España á la religión católica, que se siguió poco después de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo pontífice, sintió vivísimamente haberse dejado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazón. Conoció la verdad, pero pudo más con él la razón de estado, y el miedo á que le despojasen del trono si mudaba de

religión, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de San Hermenegildo la noche del Sábado Santo del 13 de Abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, menos la santa cabeza, que fue llevada á Zaragoza cuando los moros se apoderaron de Andalucía. En el Escorial, y en el Colegio de la Compañía de Sevilla, que tiene la advocación del mismo San Hermenegildo, se conservan también parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Ávila en Castilla la Vieja, y Plasencia en Extremadna.

SAN JUSTINO, FILÓSOFO Y MÁRTIR

Jn una ciudad de Palestina, llamada Napóles Flavia, nació San Justino, según testimonio de San Jerónimo. Desde muy niño se dedicó al estudio y aprendió la doctrina de todas las sectas filosóficas de aquel tiempo. Después de haber buscado la verdad en todos los filósofos, se encontró nuestro Santo con que nada había alcanzado con tantas obscuras y estériles filosofías. Hallándose un día en el campo meditando sobre la verdad, hizo conversación con un venerable anciano que á la sazón cruzaba, el cual, enterado de los deseos de Justino, le dijo que abriese los libros santos y los de los profetas á quienes Dios había iluminado, y allí encontraría lo que inútilmente buscaba en la filosofía humana. Tan luego como Justino leyó las obras indicadas, sintió la inmensa alegría que ocasiona la posesión de la verdad. Recibió el santo bautismo, y comenzó una vida ejemplarmente cristiana. Como era tan grande su talento y poseía la verdad, escribió magníficas apologías en defensa de la religión, y remitió al emperador Antonino una obra tan perfecta y acabada, que no pudo menos Antonino, así que la leyó, de publicar un edicto en favor de los cristianos, mandando que ninguno, por sólo ser cristiano, fuese acusado ni condenado, si no hubiese cometido algún otro delito contra el imperio, y que el

acusador fuese gravemente castigado. Con este edicto, debido á la obra de San Justino, cesó por entonces la persecución de los cristianos. Muerto el emperador Antonino, los sucesores Marco Aurelio y Lucio Vero volvieron á encender el odio contra los discípulos de Jesucristo. San Justino, que entonces se encontraba en Roma, escribió y publicó otro magnífico libro, que le valió la palma inmortal del martirio. Delatado nuestro Santo como cristiano de los principales, fue conducido á la presencia de Rústico, prefecto de Roma, el cual mandó que nuestro Santo fuese degollado, como así se verificó al día siguiente, alcanzando la corona de los vencedores. San Ireneo, San Jerónimo, Eusebio, San Nicéforo, el cardenal Baronio y otros muchos escritores hacen mención honorífica y grande de San Justino. Todos enaltecen su sabiduría profunda y su santidad evangélica. Fue una lumbrera de la Iglesia. Discutió con grandes filósofos, y á todos redujo al silencio y atrajo á muchos al Cristianismo, que es la única y verdadera filosofía. El glorioso triunfo de San Justino fue el día 13 de Abril del año del Señor 175.

La Misa del día es en honra de San Hermenegildo, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, que enseñaste á tu bienaventurado mártir Hermenegildo á que pospusiese el reino de la Tierra al Celestial! Concédenos que, á su imitación, despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 10 de la Sabiduría.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendían con engaños, y le

hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es más poderosa que todo. Ésta no desamparó al justo, cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prisión, hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dio poder sobre los que le oprimían; convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dio una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES

Por más que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guía Dios por los caminos más derechos y más seguros. No son capaces de detenerle los corazones más malignos, ni el tiempo más borrascoso sirve más que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guía, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decía que, para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien; todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvación. Concédela Dios á los que tienen razón sana y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; pero ¡ qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta del maestro, que esparce los rayos de su doctrina sobre buenos y malos y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella y por el gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos; gustan de su doctrina porque están llenos del espíritu del mundo y porque se hacen maestros en poco tiempo. Pero ¡ en qué ciencia, Dios mío! En aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo, á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

Hace Dios al bueno más honrado con las

persecuciones y más rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Vale mucho su sudor; enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdición, andando siempre por sendas ásperas y dificultosas. Digan lo que dijeren, no se van al Infierno con mucho descanso. ¡Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa. Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impíos; ignoran el camino del Señor ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial. es para ellos esta fatal ignorancia! ¡ Qué caro les cuesta!

El Evangelio es del cap. 14 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á Mí, y no pospone á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? ¿O qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACIÓN

Del ejemplo de Cristo y de los santos.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, en materia de costumbres, ninguna razón persuade mejor que el buen ejemplo. Estorbos, flaqueza, edad, condición, preocupaciones, todo se rinde á su invencible fuerza. ¿De dónde nace esa desenfrenada licencia de costumbres, esa corrupción tan generalmente extendida por todos los estados, esos vicios que inundan la Tierra? Efecto es del mal ejemplo. Pues ¿por qué el buen ejemplo ha de tener menos virtud, menos eficacia sobre los entendimientos y sobre los corazones? No hay que excusarse con la delicadeza del temperamento, con la violencia de las tentaciones, con la multitud de todos los peligros; en vano se alegan cien razones frívolas para pretextar cada cual su cobardía: el ejemplo las deshace todas.

Los buenos ejemplos son, respecto de ti, ó gran motivo para cumplir con tus obligaciones, ó mayor causa de tu condenación si no cumples con ellas. El solo ejemplo de un Dios-Hombre debiera bastar para que vencieses todas las dificultades. ¿Eres pobre? Cristo lo fue. Cosa dura es ser perseguido, calumniado, tratado con el último desprecio; ¿te atreverás á cotejar tus trabajos con los suyos? Clamas, levantas el grito contra la injusticia y contra la calumnia; ¿te tratan por ventura peor que á Jesucristo? ¡Oh qué remedio tan soberano para muchos males es la vida del Redentor! ¡Oh, y qué de quejas puede y debe ahogar aquel silencio en el árbol de la Cruz! Pero El era Dios, y nosotros somos criaturas flacas y miserables. ¿Parécete que has dicho algo? Pues esta reflexión debe dar mayor eficacia á su ejemplo. Si un Dios padece por mis pecados, ¿podré negarme yo á hacer penitencia por ellos? Si un Dios vivió en el mundo una vida obscura y abatida, ¿será razón que yo pretenda lograrla honrosa, lustrosa, llena de estimación y brillante? Si un Dios perdonó á los que le quitaban la vida

en un afrentoso madero, ¿no perdonaré yo á los que me hacen una injuria? Si un Dios creyó que le convenía padecer para entrar en su propia gloria, ¿querré yo vivir delicado, regalado, divertido para gozar después de la misma gloria y entrar en la alegría del Señor? Siéntese, bien á pesar de la engañosa resistencia del amor propio, la invencible fuerza de tan soberano ejemplo. ¡Oh gran Dios, y qué de cosas dice la vista de un Dios crucificado, especialmente á un hombre que le mira á la hora de la muerte! ¡Qué vivas, aunque mudas, reprensiones! ¡Cuántos quedaron confundidos á vista de este divino objeto! ¡Qué razón podrá oponer, qué pretexto podrá alegar el amor propio cuando se halle reconvenido con el ejemplo de un Dios crucificado!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no es sólo el ejemplo de un Dios crucificado y abatido el que se te propone para arreglar tus costumbres ; porque este modelo quizá podría parecer muy elevado á los cristianos cobardes. A la vista se te presenta un montón de otros ejemplos, que ni puedes recusar, ni te hacen menos inexcusable. Pon los ojos de la consideración en ese prodigioso número de cristianos fervorosos y perfectos de todas clases, de todas edades, de todos estados, de todas condiciones, de todos tiempos, que desempeñaron con tanta puntualidad sus obligaciones, y cumplieron con tanto celo la voluntad del Señor. Ninguno hay que no sea una reprensión animada de tu tibieza en el servicio de Dios; ninguno hay que no desvanezca tus excusas y tus frívolos pretextos; ninguno hay que no confunda tu amor propio con todos los derechos que puede alegar. ¿Eres joven, de genio alegre, de natural pronto, de complexión delicada? Santa Inés no tenía más que trece años; San Eleázaro era de un genio más esparcido que el tuyo; acaso no habrá habido natural más ardiente ni más vivo que el de San Agustín; no parece posible complexión más delicada -que la de una Santa Teresa y un San Luis

Gonzaga. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Cunegunda, los Eduardos conservaron su inocencia en medio de las delicias y de los peligros de la corte. En el estado del matrimonio llegaron á la cumbre de la perfección las Mónicas, las Brígidas y las Franciscas; en la humilde condición de pastoras, de criadas, de labradores y de pobres oficiales, merecieron ser objeto de nuestra admiración y de nuestro culto las Genovevas, las Blandinas, los Isidros y los Homobonos. Ni la ciencia sirvió de estorbo á la santidad de tantos doctores, ni el esplendor de la cuna fue embarazo á la eminente virtud de tantos príncipes canonizados.

No confundió la heroica magnanimidad del animoso Hermenegildo el mal ejemplo de tantos malos cristianos. Nacido en el mismo trono, mecido en una cuna real, educado entre las delicias de una corté, heredero presuntivo de la corona y en la flor de su edad, todo lo sacrifica por amor de Jesucristo: placeres, riquezas, honras, quietud, el mismo reino y hasta su misma vida. Cuando se atraviesa la religión y la salvación, todo debe sacrificarse. ¡Buen Dios! ¿Qué responderán á esto tantas almas cobardes que sacrifican su conciencia, su religión, su salvación eterna á un vil interés, á una pasión loca y torpe, á una honra imaginaria? ¿Qué excusa alegarán cuando se les proponga el ejemplo de un San Hermenegildo y de otros santos que, con mayores estorbos y quizá con menos auxilios, se hicieron tan grandes santos, correspondiendo á la gracia con fidelidad? Y qué responderé yo mismo á las secretas reconvenciones que me está haciendo mi propia conciencia á vista de estos ejemplos? Nada tengo que responder, Señor, pero sí mucho por qué confundirme y por qué implorar vuestra clemencia para que mi confusión y mi arrepentimiento no sean estériles y sin fruto. Yo adoro al mismo Dios que adoran los santos; tengo la dicha de profesar la misma religión que

profesaron ellos. La misma doctrina y el mismo Evangelio que sirvió de regla á sus costumbres, debe servir de regla á las mías; espero el mismo premio que ellos esperaron. Haced, Señor, que, con el auxilio de vuestra gracia, tenga también el mismo aliento, la misma perseverancia y la misma felicidad.

JACULATORIAS

Haced, Señor, que yo me ajuste bien á aquella piedra angular de donde fui cortado.—*Isai.*, 51.

¡Oh, si avivaseis siempre en mí la emulación de los santos!— *Galat.*, 4.

PROPÓSITOS

1. Es el ejemplo una lección muda, pero convincente, que á un mismo tiempo demuestra la verdad del precepto, la posibilidad de su ejecución, la debilidad de los estorbos y el mérito de la acción. No hay cosa más elocuente que el buen ejemplo, porque los hombres creen más á sus ojos que á sus oídos. Ni es fácil disminuir la impresión que hace su fuerza. El ejemplo autoriza el vicio ó introduce la virtud. Una buena vida es instrucción eficaz para todo género de gentes. Presto se convertiría ó se reformaría el mundo si los que ocupan puestos elevados diesen buen ejemplo. Toma desde luego la resolución de imitar los ejemplos de los buenos y de dar tú también buenos ejemplos. Trae á la memoria las cristianas costumbres, el porte ejemplar y las virtudes más visibles de aquellos sujetos ajustados y ejemplares que conoces. Muchas veces te ha edificado aquella modestia, aquella circunspección de tal y tal persona, aquella compostura, aquella gravedad de acciones y de palabras, aquella devoción con que se le ve en la iglesia, aquella moderación, aquella prudencia en varios lances y

ocasiones. Te hechiza la virtud, el juicio, la caridad de aquella señorita joven, y confiesas que aquel caballero, aquel eclesiástico, el otro religioso dan grande ejemplo en el pueblo. Pues dite á ti mismo lo que se decía á sí propio San Agustín: Pues qué, ¿no podré yo con la divina gracia lo que éstos y éstas pueden?

2. Pero no basta que te pongas por ejemplar las virtudes de los buenos; es menester que tú mismo te esfuerces á servir de ejemplar y de modelo. Mira si tus hijos, tus criados y tus amigos tienen motivo para edificarse mucho de tu porte; si tus hijas pueden aprender de ti modestia, compostura, devoción, desprecio de las vanidades del mundo, amor al retiro y aprecio de la religión. Mira si los que te tratan familiarmente pueden sacar de tu trato lecciones para vivir arreglados, contenidos, devotos, caritativos y ejemplares. Pocos hay, según el pensamiento de San Pablo, que no puedan y no deban ser predicadores mudos. Los que están en mayor elevación tienen mayor auditorio y pueden predicar á más.